

JOAQUÍN CARRERAS ARTAU
Algunos recuerdos de una larga amistad

LUIS PERICOT GARCÍA
Catedrático de Prehistoria, Universidad de Barcelona

Escribir sobre la persona del ilustre maestro de la Historia de la Filosofía española, doctor don Joaquín CARRERAS ARTAU, es para mí abrir escape a una gran nostalgia de mis tiempos de juventud y de mis años gerundenses, y con ello corro el peligro de dejar desdibujada la figura científica de mi amigo, ahogada por el cúmulo de pequeños detalles que para la mayoría de mis lectores han de carecer de significado. Pero yo no puedo hablar de Joaquín CARRERAS con un criterio erudito, pues mi ignorancia filosófica me obligaría, para valorarle, a hacer referencia a opiniones ajenas, pero sí, en cambio, puedo hablar de él como gerundense y compañero de tantos años. Sólo con que extractara la nutrida correspondencia que de él guardo desde 1915 quedaría manifiesta buena parte de su vida y su actitud ante las vicisitudes del país y la Universidad.

Mis recuerdos de Joaquín CARRERAS quedan difusos en las brumas de la adolescencia e incluso de la infancia. Había nacido en el seno de una familia de la alta menestralía de Gerona, el último de los cinco hijos, teniendo dos hermanos y dos hermanas. Su padre, Tomás, procedía de la comarca de Figueras. Su madre era oriunda del Mas Artau de Viloví. La familia estaba ligada a actividades intelectuales puesto que su padre poseía una acreditada imprenta en la ciudad de los Sitios, que había pertenecido a su familia desde principios del siglo XIX. Su hermano mayor, el *hereu*, Tomás, había de sobresalir muy pronto en el campo de la Filosofía y en cierta manera él fue quien orientó la actividad científica de su hermano menor. Era Gerona en los últimos años del siglo pasado y en los primeros del actual, una ciudad rica en el orden espiritual, de donde habían salido una serie de eruditos y escritores notables, en la que estaba todavía fresco el recuerdo de aquel gran esfuerzo cultural que representó la "Revista de Gerona", que contaba con un Instituto de Segunda Enseñanza en el que brillaron algunos excelentes profesores, una ciudad con sus poetas y artistas, sus eruditos y aficionados y donde los temas de Historia y Arqueología eran especialmente cultivados.

Joaquín CARRERAS tiene unos pocos años más que yo. Creo recordar que mi primera memoria de su existencia, mi primer recuerdo de él, se contiene en la imagen que quedó vivamente grabada en mi infantil memoria al verle en la abierta portalada de la Catedral gerundense, tras el obispo y como paje del mismo, llevando un gran almohadón rojo, mientras mis padres comentaban que era Joaquín, el hijo del impresor Carreras. Después mis recuerdos se ligan con él en el gimnasio. El Gimnasio Balmes fue una institución en los primeros años del siglo en Gerona. Ocupaba una amplia nave en los bajos del bello palacio gótico de la Fontana de Oro, en la calle de Ciudadanos. Allí un viejo y malhumorado profesor que lo

era al mismo tiempo del Instituto, a quien queríamos a pesar de ello, y cuyo tipo físico era el más opuesto que cabe imaginarse para una tarea semejante, don Ramón BALMES, mantenía difícilmente la disciplina entre unas docenas de muchachos que iniciábamos el moderno culto a la Gimnasia en medio de una serie de aparatos, polcas, escaleras, pesas, etc. Creo que algún día vale la pena que alguien estudie más a fondo este centro por el que pasaron varias generaciones de gerundenses que han tenido influencia en la ciudad. Yo lo conocí ya en una fase de decadencia y recuerdo que habían pasado por él Buenaventura Carreras, Camps Arboix, los hermanos Sánchez, Carlos Gómez, que continuó y modernizó este gimnasio, los hermanos Roca y muchos otros que destacaron en los orígenes del fútbol en Gerona. Allí me encontraba yo con Elías y José SERRA RÁFOLS, Pelayo NEGRE y Joaquín CARRERAS. Cito éstos tan sólo porque con ellos me unió una precoz afición histórica, que hacía que muchas veces descuidáramos los ejercicios obligados para hacernos preguntas sobre temas de Historia. A todos dominaba en este aspecto Pelayo NEGRE, que ha seguido siendo entrañable amigo de nuestro biografiado y mío a la vez, cuya imaginación caballeresca le llevaba a contarnos las hazañas de Otger Cataló y sus varones de la Fama y otros episodios semejantes.

Mis recuerdos de Joaquín CARRERAS pasan entonces del Gimnasio de la calle de Ciudadanos, cercano a la gran casa donde habitaba con su familia delante la iglesia de San Martín y casi enfrente de la Imprenta familiar, al Campo de Marte, en la Dehesa, donde por los años 10, 11 y 12, la afición al fútbol nos contagiaba por vez primera a todos, llegándose incluso a que el Seminario tuviera un equipo. Éste fue realmente notable por sus excelentes jugadores y sólo con que cite a tres de ellos que más tarde han sobresalido en el profesorado, los Rvdos. COLOM, LLAURÓ y NOGUER, se verá la importancia formativa que aquel ensayo pudo tener. Pues bien, Joaquín CARRERAS jugaba de delantero centro en aquel equipo y no lo hacía mal. Aún parece que le estoy viendo chutando a puerta. Su carrera futbolística sin embargo, hubo de truncarse por el peligro que para él representaba el tener que usar gafas.

Fue alumno del Instituto antes que yo y por pertenecer a la enseñanza libre, no debimos encontrarnos mucho por aquellos oscuros pasillos del viejo convento habilitado para Instituto de Segunda Enseñanza y donde aún sigue. Volvimos a encontrarnos en la Universidad. Yo estudiaba un curso posterior al suyo, tanto en la Facultad de Derecho como en la de Filosofía, y naturalmente, nuestra vieja relación gerundense y la gran amistad que me unía a pesar de la diferencia de edad con su hermano Tomás, con el que estudiábamos juntos el inglés, reforzaba entre nosotros una intimidad que ya no había de truncarse.

Eran aquellos años de gran inquietud. Había empezado la primera guerra mundial, se presentían grandes transformaciones. ¡Qué más podían pedir nuestras mentes juveniles llenas de ilusiones y con afanes de renovación total! Si se repasase la lista de los que en los años 14 al 18 figuraban en las aulas de Derecho y de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, se encontrarían muchos nombres que luego habían de figurar en la avan-

zada intelectual de Cataluña. Con Joaquín CARRERAS estudiaba en ambas Facultades, Joaquín XIRAU; el hermano menor de éste, Antonio, estudiaba conmigo. Mientras estudiaba inglés con Tomás CARRERAS, inicié los estudios de alemán con su hermano Joaquín, teniendo como tercer compañero otro genial aprendiz de filósofo, CREXELLS; con los dos hermanos nos carteábamos en inglés y guardo sabrosa correspondencia de ambos en dicha lengua, así como el borrador de mis respuestas.

Por aquellos años, Joaquín CARRERAS encontró su camino, renunciando definitivamente a seguir en el Seminario, y se lanzó decidido a intensificar sus estudios de Filosofía. Tenía para ello una preparación adecuada y sobre todo nos admiraba a todos por su profundo dominio del latín, que tanto había de servirle más tarde en sus investigaciones de Historia del pensamiento medieval.

Aun sin ser yo alumno de la sección de Filosofía se me alcanzaba muy bien el contraste entre los dos compañeros, XIRAU y CARRERAS, contraste de mentalidad y de método. Ambos eran de tierras gerundenses, pero mientras el primero, nacido en la capital del Ampurdán, tenía toda la genialidad, fantasía, poder de captación y vocación por el progresismo, a veces extremado, tan frecuente en los altoampurdaneses, el segundo, hijo de la levítica Gerona estaba marcado por la seriedad, la profundidad, la mesura, la contención en el razonamiento y en la exposición. Los dos eran típicos representantes de esos dos polos de la tierra gerundense.

Una afortunada circunstancia hizo que nuestro contacto no se interrumpiera del todo en verano. Al estar casada su hermana Anita con un farmacéutico de Torroella de Montgrí, el pueblo de mis ascendientes paternos y en el que yo pasaba todas mis vacaciones, y tener ella interés en gozar de la compañía de su hermano menor, nos llevó en junio de 1916 a pasar dos semanas en su casa. Largas caminatas nos llevaron días enteros por la montaña del Montgrí, las pintorescas Dunas o la abrupta costa con sus agrestes calas. Al atardecer, el paseo hasta el Coll d'En Garrigás donde unas rocas parecían ofrecernos cómodos asientos para que ambos, junto con el joven maestro de la villa, Pedro Blasi, excelente amigo tan lleno de curiosidad por aprender mis clasificaciones botánicas como por asimilar algo de los densos juicios filosóficos de Joaquín CARRERAS, discutiéramos sobre todo lo divino y lo humano, a lo mejor contemplando a lo lejos el paso de un convoy de barcos aliados por detrás de las islas Medas. Aunque muchas veces volvimos juntos a los mismos lugares, el encanto de aquellos días del 16 en que todavía nos veíamos libres de preocupaciones y en que gozábamos sin medida de los encantos de la Naturaleza, no se borró jamás de la mente de ambos. Durante bastantes años aún volvió Joaquín a Torroella y esto hizo que figurara durante varios veranos entre la juventud que entonces parecía bulliciosa y que hoy sorprendería por lo comedida, que en un incipiente turismo tomaba sus baños en la maravillosa playa del Estartit. Más tarde, repetidas excursiones nos llevaron a recorrer otros paisajes de la Costa Brava.

Tras la crisis de su vocación y no sin cierta oposición familiar, Joaquín CARRERAS, se adentraba cada día más por el camino científico de la inves-

tigación filosófica, abandonando el camino de la abogacía, con la idea de llegar a la cátedra, y como todos nosotros entonces, teniendo la ilusión de llegar a la cátedra de Universidad pero intentando antes la conquista, que parecía más fácil de una cátedra de Instituto, lo que no siempre resultó así.

El curso 18-19 nos reunía aún más íntimamente en Madrid al ir a parar ambos, junto con un compañero común, Salvador ROCA LLETJÓS, de Lérida, donde pocos años más tarde era catedrático de Historia, a una modesta pensión de la pintoresca calle del Pez, núm. 19, en la que convivíamos con un grupo de andaluces bullangueros y patriotas exaltados que miraban a los catalanes con mucho recelo. De los meses allí pasados podríamos contar muchas sabrosas anécdotas. El lugar se hallaba muy cerca de la vieja Universidad de la calle de San Bernardo, en la que cursábamos las asignaturas de doctorado, él las de Filosofía, nosotros las de Historia. Teníamos sin embargo, una asignatura común, la Sociología que profesaba don Severino AZNAR, quien ante el conjunto de brillantes alumnos catalanes a los que trató siempre con gran afecto (estudiaban con nosotros también BARTISTA y ROCA, ya iniciado en la Etnología, y Feliu EGIDIO) solía repetir con frecuencia dirigiéndose a los alumnos no catalanes: ¿Qué hace Castilla? Fueron aquellos unos meses inolvidables, en un Madrid que preludiaba futuros trastornos, de contacto con nuevos horizontes, de largos paseos y de visitas a lugares famosos, de inquietudes de todo género y de constantes episodios propios de nuestros años mozos. Estando allí perdió a su padre.

Pronto, en 1920, ganó una cátedra de Filosofía en el Instituto de Palencia. Estuvo allí pocos días y tras dos años de excedencia dedicados a elaborar la tesis doctoral, leída en 1922 en Madrid, y durante los cuales fue ayudante del doctor SERRA HUNTER en nuestra Facultad, obtuvo por concurso la cátedra de Lugo. En esta ciudad residió un año, pudiendo pasar entonces a la misma cátedra en Reus. Su estancia en esta última localidad dio motivo a que yo hiciera mi primera visita a Poblet en su compañía. De ella creo que es la primera ocasión de que guardo recuerdo fotográfico de nuestra amistad.

En el otoño de 1925, mientras yo hacía las oposiciones en que obtuve mi primera cátedra universitaria, Joaquín CARRERAS estaba realizando las que habían de llevarle al Instituto de Barcelona. Recuerdo aún el día en que en la habitación de su casa de huéspedes madrileña, me confirmó su noviazgo con la que un año después fue su esposa.

Catedrático él ya de Barcelona y yo de la Universidad de Santiago primero y de Valencia después, pasamos unos años en que nos vimos con menos frecuencia. Mi venida a Barcelona en 1933 para integrarme en la Universidad autónoma dio motivo a renovado trato aunque éste nunca se había interrumpido, alimentado por tantos recuerdos de juventud. Por otra parte su hermano Tomás siguió siendo para mí, dentro y fuera de la Facultad, un protector y amigo decidido y cordial. En múltiples ocasiones las circunstancias hicieron que la ayuda de ambos hermanos pudiera ser preciosa, como lo fue la que me prestaron cuando yo regresé a Barcelona en febrero de 1939. Unos años más tarde, en 1951, tuve la gran alegría de que una brillante oposición le incorporara a nuestra Facultad como cate-

drático numerario aunque ya llevaba entonces diez años colaborando en ella como profesor auxiliar, aparte un intento de encargarle un curso en 1936, fallido por su no aceptación. Siempre lamenté que nuestra organización universitaria, que sigo juzgando deficiente, hubiese retrasado tanto esta incorporación que ha privado a nuestra Facultad de Filosofía y Letras de los frutos que un maestro de su calidad habría dado, sobre todo en la formación de una escuela de investigadores de la Historia de la Filosofía hispana. Aun ahora, no pudo abandonar del todo las tareas docentes en Segunda Enseñanza, tan necesarias y elevadas, pero evidentemente distintas de las investigadoras que constituyen la característica de la enseñanza universitaria. En cierta manera, Joaquín CARRERAS ha sido víctima de los fallos de nuestra organización aunque acaso él, con su modestia, se haya resignado a ello. Además, siempre he creído que sus especiales dotes, que hicieron de él un ejemplar secretario del Instituto Balmes, le habrían llevado a los más altos cargos directivos en la Facultad y aun en la Universidad si se hubiera incorporado antes a ellas.

A lo largo de esta vida de relación seguida e íntima, toda una serie de virtudes personales han constituido el factor constante de Joaquín CARRERAS como amigo. Como profesor y científico, los elementos básicos de su vida han sido: vocación decidida, preparación remota y próxima para el cultivo de su especialidad, serenidad de juicio, eclecticismo de escuela, grandes dotes expositivas, trabajo metódico y constante. Desde fuera de su especialidad así he visto yo la vida del que como amigo ha sido una de las más fieles, devotas y entrañables personas con las que he convivido.

Diría que es el amigo a quien he visto más igual a través de tantos años, desde aquella imagen suya de la Catedral de Gerona hasta ahora. Todavía constituye una de nuestras comunes alegrías al emprender juntos el ya tan fácil y cómodo viaje a Gerona, con cualquier pretexto — a facilitárnoslo han acudido los viejos amigos de la Inmortal Ciudad al darnos cargos directivos en el Instituto de Estudios Gerundenses — y pasar allí unas horas que nos traen inefables recuerdos de más de medio siglo.

Con gran alegría, meditando sobre la vida de mis amigos y compañeros de antaño, veo desfilar ante mí las etapas de la carrera de nuestro homenajeado y compruebo que su trayectoria ha sido ininterrumpida y le ha llevado a las más altas realizaciones científicas y a la cumbre del profesorado, como él había soñado en sus años juveniles. Para él, la "jubilación" no ha de ser sino la "liberación" de tareas que requieren la plenitud física de la juventud, dejando mayor ocasión para las tareas que un científico desea más fervientemente: las del estudio, la investigación, las de maestro a su vez de investigaciones. Que Dios le reserve todavía muchos años para estas elevadas misiones del universitario.